

CONSIDERACIONES TEOLOGICAS SOBRE EL "HOMO LUDENS"

"Mis palabras cuando hablo a deportistas como vosotros, quisieran ser siempre una especie de afectuosa sacudida de los espíritus, animándolos a desplegarse con gallardía hacia los objetivos que más ennoblecen la vida". Juan Pablo II al equipo de fútbol argentino, campeón mundial.

Por Alberto Ramírez
Profesor de la Facultad
de Teología de la UPB.

Unos cinco años después de la publicación de su obra "La Ciudad Secular", el conocido teólogo norteamericano Harvey Cox, publicaba una encantadora obra que llevaba como título "Las fiestas de locos" (Título original: "The Feast of Fools. Essay on Festivity and Fantasy". 1969. Harvard University Press, Cambridge - Massachussets. La versión española de Rafael Durbán Sánchez, publicada por las Taurus Ediciones en 1972, lleva como subtítulo: "Para una teología feliz"). La impresión despertada por la primera obra mencionada, es señalada someramente por el autor en el Prefacio de la segunda obra: "Algunos consideraron acertadamente aquella obra demasiado unilateral en su activismo vehemente, su celosa preocupación por el cambio social y su extraversión hipertiroidea. En cierto sentido, era una obra auténticamente "protestante", al menos en el sentido puritano-calvinista". Aunque el autor sostiene que no existe contradicción entre sus posiciones, en las dos obras, no por eso deja de reconocer que la segunda obra representa una reafirmación de valores que parecían opacados en la primera: "Me he dado cuenta de que en el mundo actual hay una brecha -que no es, de ningún modo inevitable- entre los que quieren cambiar el mundo y los que se dedican a cantar la alegría de vivir. Una de las razones por las que escribí este libro es porque deseo verla cerrada. No existen motivos para que los que saben gozar de las alegrías de la vida no puedan, al mismo tiempo, comprometerse en un hondo cambio social. Y los que pretenden cambiar el mundo no tienen por qué ser tristes y ascetas. San Francisco, el santo cristiano que más valores positivos vio en la vida, fue un revolucionario de corazón; y Karl Marx suspiraba por un mundo en el que el trabajo se hubiera convertido en una especie de juego. En definitiva, los radicales serían mas eficaces si, de vez en cuando, se permitieran vivir -aunque sólo fuera ocasionalmente- como si todos los objetivos por los que luchan hubieran sido totalmente alcanzados. Quizá los teólogos llamarían a esto una especie de "liberación proléptica". Ya está ocurriendo. La actitud "radical-festiva" está haciendo su aparición en esta escena".

El título de la segunda obra, ha sido sugerido a Cox por una fiesta medioeval, que él describe al comienzo, en los siguientes términos: "Durante la Edad Media floreció en muchos lugares de Europa una festividad conocida con el nombre de Fiesta de Locos. En aquella ocasión, llena de colorido, que normalmente se celebraba alrededor de primeros de año, incluso los sacerdotes normalmente piadosos y la gente sería se colocaban máscaras obscenas, cantaban canciones desvergonzadas y, en pocas palabras, mantenían despierto a todo el mundo en medio de la jarana y las imitaciones grotescas. Los clérigos de órdenes menores, con los rostros pintarrajeados, se contoneaban vistiendo los trajes de sus superiores y se burlaban de los pomposos rituales eclesiásticos y cortesanos. A veces era elegido un Rey de Burlas, un "Señor del Desgobierno", o un Niño Obispo. En algunas partes, el Obispillo celebraba una parodia de misa. Durante las Fiestas de Locos no quedaba libre del ridículo ninguna costumbre o convención y los más importantes personajes del reino podían esperar verse en coplas".

Y el autor se pregunta posteriormente por la razón de la desaparición de estas Fiestas, para concluir que el hombre ha estado en peligro de perder la dimensión jocosa, lúdica, festiva de su vida. "Por qué razón alcanzaron tanta preponderancia virtudes tales como la sobriedad, la frugalidad, la laboriosidad y la ambición, a costa de otros valores? Por qué las actitudes joviales, lúdicas y festivas sufrieron aquella dura crítica durante el período protestante?" . . . "Mi tesis en esta obra es que todas las formas de fiesta y fantasía que nos quedan, están desconexas y mustias. Nuestras fiestas ya no cumplen, como antes ocurría, el cometido de ponernos en conexión con el despliegue de la historia cósmica o con los grandes fastos de la aventura espiritual del hombre. Nuestras fantasías tienden a ser cautelosas, extravagantes y secretas. Cuando ocasionalmente remontan el vuelo, son apreciadas sólo por una élite. Nuestro modo de festejar es esporádico u obsesivo; nuestras fantasías, sujetas a predicción o políticamente impotentes. Ni aquél ni éstas son fuente de inspiración para el genuino cambio social.

Si he querido comenzar estas reflexiones con una referencia a la obra de Cox, ello se debe a que en ella he encontrado algo en lo que muchos estarán de acuerdo: a pesar de la seriedad de la vida humana, que en muchas ocasiones es concebida como una lucha, como trabajo penoso y aún como una angustia dolorosa; no se ha descartado en la experiencia de los hombres, por lo menos no debería descartarse en ella, una dimensión también auténticamente humana, como lo es la del gozo, la alegría, lo festivo. Y si ambos aspectos, el de la lucha de la vida y el de la alegría de vivir, se presentan en la vida de cada hombre y hasta en la de la comunidad humana, no deja de ser cierto que ellas no logran integrarse convenientemente y que el hombre se mueve como a saltos entre el dolor y la alegría, entre la seriedad y la festividad, presa de "estados de ánimo" que, a veces, lo convierten en tirano de los otros, mientras

otras veces lo encierran en un ambiente de satisfacción personal en el que corre el riesgo de olvidarse de los otros.

No hay situación humana, ni realidad alguna, que no pueda ser pensada y proyectada desde la fe. En este sentido, todo puede convertirse en objeto de la teología. Y la realidad humana que puede ser comprendida y animada desde Dios, no lo es simplemente desde su dimensión de seriedad, de trabajo y de lucha, sino también y al mismo tiempo desde su dimensión de gozo, de juego, de ocio significativo. La religión misma participa, a la vez, de esta doble dimensión: empresa profundamente seria, la historia de la salvación es al mismo tiempo un proyecto gozoso y feliz. Así como se ha dicho que la religión pertenece al campo de la poesía de la vida, también puede añadirse que ella encarna "el juego de la vida", o la "vida como un juego". En ambos casos, el del trabajo y el del juego, la religión permite vivir la vida en estado de profundidad, desde Dios y en función de Dios. Así se puede definir de manera simplicísima la función de la religión para el hombre y su carácter específico por comparación con todo lo humano: la religión pone al hombre a vivir en profundidad su existencia, como la máxima posibilidad y por este camino alcanza la máxima realidad, a Dios. Al mismo tiempo, la religión ofrece al hombre una capacidad suprema de mirarlo y comprenderlo todo: todo se ve y se comprende de la mejor manera imaginable, desde Dios. Vale la pena recordar que el cristianismo pretende llenar esta función de la religión, en un sentido más noble, y nos ofrece por lo tanto la posibilidad de vivir en estado de profundidad: desde Dios y en función de Dios. Así miradas las cosas se comprende bien por qué se ha afirmado que el cristianismo no es un sistema de vida que se caracterice por ser religioso y permitir al hombre superar lo humano u olvidarlo, sino un sistema en el cual Dios es alcanzado por el camino de lo supremamente humano: ser cristiano es ser hombre, radicalmente hombre. Desde ninguna otra perspectiva es más fácil plantear el problema de Dios y la existencia en profundidad del hombre.

La teología es una actividad del campo del conocimiento que percibe, comprende y expresa las realidades que existen o son vividas desde el punto de vista de la profundidad, desde Dios. Por eso se afirma, con razón, que su objeto es Dios. Es bueno señalar que la teología propiamente dicha es una actividad que se da en el cristianismo. Fuera de él no es imposible la reflexión de las realidades profundas, pero las características que posee la teología cristiana, han reservado el término para un campo restringido del pensamiento religioso.

Las presentes consideraciones teológicas quieren ser un aporte para valorar una actividad humana concreta, la del deporte, comprendida desde un horizonte antropológico integral, ubicada en la dimensión de la actividad humana que llamamos el juego y desde los valores profundos religiosos y cristianos que deben hacer máximamente fecunda la existencia humana, en todos sus aspectos.

1. NECESIDAD DE INSISTIR EN EL CARACTER INTEGRAL DE LA REALIDAD HUMANA.

Una de las conquistas antropológicas, ya casi definitivamente alcanzada, es la del descubrimiento o redescubrimiento de la integridad de la realidad humana. Sin embargo, lo que es ya casi decididamente claro en el plano teórico, no lo es siempre en los comportamientos humanos, en razón de la concepción antropológica dualista, que como un trasfondo sigue obrando en nosotros. Sin la afirmación del carácter integral de la realidad humana, no es posible comprender bien muchos aspectos de la vida humana, los cuales son vividos simplemente como algo que se da y que no tiene significación, o son interpretados según ideales de significación más bien pobres.

En términos generales se puede expresar la conciencia integral antropológica de nuestros días así: el hombre es una unidad indisociable; una realidad profunda e interior, semejante a un secreto por descifrar o por manifestar; y al mismo tiempo, una realidad visible y exterior que revela y descifra el secreto interior. Alma y cuerpo, hemos dicho tradicionalmente, lo que sigue siendo cierto, pero purificado de toda implicación dualista.

Contemplada esta realidad humana, desde la acción, aparece la verdad de esta afirmación acerca de la integralidad de la realidad humana: al actuar, todo el hombre se pone desde dentro en movimiento. El movimiento se percibe en la corporeidad, pero no es sólo actividad de ésta. La fenomenología ha hecho hermosas descripciones de esta evidencia. La sonrisa y la mirada de una persona, por ejemplo, no son simplemente movimientos corporales. Es todo el hombre el que sonrío y el que mira desde dentro. Todos los gestos humanos, todos los movimientos del cuerpo, todas las acciones, en una palabra, son actividades integralmente humanas.

2. NECESIDAD DE INSISTIR EN EL CARACTER DINAMICO DE LA REALIDAD HUMANA.

Otra de las conquistas antropológicas, ya casi definitivamente alcanzada, es la de la afirmación del carácter dinámico de la realidad humana. Frente a las afirmaciones tradicionales, en el sentido peyorativo de la palabra, acerca de la realidad humana entendida como naturaleza humana, inmutable y perfecta ya desde el más absoluto comienzo, se ha insistido en la antropología moderna en el carácter móvil, histórico, dinámico de la realidad humana: el hombre es un proyecto de realización, está por hacerse. En términos poéticos, la realidad humana es una aventura.

Pero la aventura humana, entendida como una acción total, está constituida por todos los pormenores que, integrados misteriosamente,

podemos designar como la historia humana.

Se ha hecho resaltar como categoría privilegiada, dentro de la acción total humana, la del trabajo. No es él, como es claro, una actividad extrínseca de un ser que existe antes de trabajar, ser al cual llamamos hombre. El trabajo es el hombre mismo en acción. No existe el trabajo en sí mismo: existen los hombres que trabajan. Se puede discutir el hecho de si a toda acción humana se la puede designar de manera decisiva como trabajo. Pero una cosa es clara: que al trabajar, los hombres se hacen, se realizan. Se pone en movimiento todo el dinamismo en el que consiste la existencia humana.

Pero no toda la actividad humana cabe bajo la denominación general del trabajo. Existe también el ocio y la acción humana que denominamos juego. La gran valoración del trabajo, para comprender el sentido de la existencia humana, no plantea problemas para la comprensión de esa otra dimensión de la acción humana, que denominamos juego? Tiene sentido existencial todo aquello que no podemos calificar de trabajo indispensable, como en el caso del ocio activo, del descanso, del juego, del deporte? No es un hecho real el que tales actividades pueden ser realizadas, sin comprender su sentido? O el de que ellas puedan ser consideradas como pérdida de tiempo, como irresponsabilidad frente a la urgencia de una acción productiva, o aún como lujo sin sentido que crea mala conciencia y que no todos pueden darse en la misma medida?

3. NECESIDAD DE INSISTIR EN LA SIGNIFICACION DE LA ACCION HUMANA.

La vida del hombre no es un hecho vanal, fruto de un destino loco, cuyas manifestaciones se van observando desde fuera, como algo que se desarrolla irremediamente. Los hombres somos protagonistas responsables de nuestra existencia. La vida humana es, como se ha dicho, una aventura admirable que supone de nuestra parte una gran creatividad no perceptible simplemente en la producción de realidades exteriores al hombre mismo, sino en la realización de la vida, en función de valores auténticos. El hombre se hace, pero no se realiza simplemente al realizar algo exterior a él. Este proyecto humano supone el empeño entusiasmado de todas nuestras energías, las cuales existen como un dinamismo interior que no puede permanecer inútil o ser puesto en acción no importa de qué manera. La acción humana supone la contemplación continua y la puesta en práctica de metas que mantienen vivo ese entusiasmo, metas éstas que no deben ser mínimas, sino valores máximos auténticos.

El que quiera escrutar al hombre de manera profunda, debe preguntarse por el sentido de su existencia. Esta cuestión del sentido del hombre sirve para comprender la semilla por germinar que es cada uno

de nosotros; sirve ella también para comprender el dinamismo interno que va haciendo realidad este proyecto; sirve ella, en fin, para comprender el término hacia el cual debe irse dirigiendo todo este proyecto. Sirve también esta cuestión fundamental acerca del sentido de la existencia humana para comprender, asumir y valorar todos los pormenores de esta aventura que significa ser hombre.

Frente a las acciones que constituyen lo que denominamos el trabajo, cabe siempre establecer la cuestión del sentido: se trabaja simplemente para hacer posible que la vida humana no trascorra aburrida? Se trabaja porque es imposible superponerse a una condición insuperable de esclavitud, según la cual debemos aceptar ser siempre deudores de lo que necesitamos simplemente para subsistir? Está marcada definitivamente la realidad del trabajo por la significación de la carga y del peso que no podemos sacudir? O se trabaja para construir algo y en último término al hombre mismo, persona y comunidad? Una teología del trabajo, basada en la alegre nueva (evangelio) de la salvación, nos ha liberado de una angustia: la de tener que considerar nuestra actividad como un peso doloroso, pero necesario. El hombre ha descubierto, desde su salvación integral, la posibilidad de poner su existencia al servicio del amor. El trabajo ha adquirido un rostro positivo. Pero lo han adquirido también otras actividades humanas; como aquellas que pertenecen a la categoría del juego?

Ante esta pregunta tiene una importancia real una reflexión que podríamos llamar filosofía del ocio, de la vida jocosa (vívida como un juego), del deporte, así como también existe, como algo más conocido, una reflexión que puede ser llamada filosofía del trabajo. Y así como no es imposible plantear la cuestión acerca del sentido último del trabajo, tampoco lo es plantear la cuestión acerca del sentido último de la actividad humana que denominamos juego.

4. EL PROBLEMA DEL SENTIDO ULTIMO DE LA ACTIVIDAD HUMANA LLAMADA JUEGO.

Conviene en principio señalar que el trabajo y el ocio activo, que tenga características de juego, no son actividades contradictorias. Ambas son actividades humanas creadoras, que ponen en movimiento de realización al hombre. Ambas se interpenetran mutuamente: el trabajo es el juego de la vida y, comprendido así, no solamente no se convierte el trabajo en carga necesaria pero indeseable, sino en alegría de vivir. Quién de nosotros no puede decir que, cuando ha comprendido su trabajo como un juego, no se ha sentido feliz de trabajar? Como un juego, pero no en el sentido de un pasatiempo alegre e irresponsable, sino en el sentido de una acción en la que se han puesto en actividad todas las aspiraciones humanas que crean satisfacción. El ocio activo es al mismo tiempo un trabajo lleno de sentido: en él se reprodu-

cen, con características propias, las mismas actividades de la vida que llamamos trabajo; en él se realizan también gozosamente las aspiraciones humanas que parecen no poder ser alcanzadas más que por el espíritu creador del que trabaja.

Ahora bien, la comprensión de la existencia humana como un juego y la del juego como un trabajo tiene validez por fuera de lo humano inmediato? Si entramos en el campo del sentido profundo de la existencia y nos referimos por lo tanto a la religión y a la fe, podríamos sostener lo mismo? Tiene que ver algo la existencia religiosa con el juego, o solamente es ella comprensible desde las categorías del trabajo? No es algo profundamente serio la realidad de Dios y, para los hombres, la empresa que se denomina historia de la salvación? La costumbre nos ha domesticado, en este campo, de tal manera que no hemos podido liberarnos de una actitud, según la cual, transpasar el umbral de lo profano y entrar en el dominio de lo sagrado-religioso, significa entrar en el dominio de lo sombrío, donde la risa y las actitudes lúdicas ya no tienen sentido. Harvey Cox, en la segunda obra que mencionábamos al principio, trae consideraciones muy hermosas acerca de la posibilidad de concebir las realidades del campo de la fe, desde la categoría de lo lúdico: "... mucha gente tiene aún gran dificultad para ver la religión como una forma de juego. Tal dificultad surge de dos fuentes. En primer lugar, han aprendido a situar el 'juego' a un nivel muy bajo en importancia. Sin embargo, se trata de un prejuicio de la sociedad industrial y, de ninguna manera es un criterio universalmente compartido. . . . En segundo término, mucha gente cree que uno no puede mantenerse 'serio' en relación con el juego. . . . El hombre puede tomarse el juego muy en serio y puede tomar completamente en broma hasta las cosas más serias".

Entre otras realidades del campo de la religión, Cox se refiere al carácter lúdico del culto y de la oración. "Pero ni siquiera en la teología cristiana la idea de la liturgia como una forma de juego es nueva. Lo indicó, hace unos cuarenta años, el pensador católico Romano Guardini, quien en su libro. **El espíritu de la Liturgia**, incluía un capítulo titulado 'La Liturgia como Juego'. Y sobre la oración: "Cuál es la relación entre oración y juego? La respuesta es crucial, pues de ella depende la validez del espíritu lúdico en el cristianismo. La oración es algo que está innegablemente en el centro de la vida religiosa. Así, si oración y juego son enemigos o quizá hasta mutuamente excluyentes, entonces la sensibilidad que establece relaciones entre una y otra es peligrosa y desorientadora para los dos. . . . En cambio, si hay entre oración y juego alguna profunda semejanza, nuestra actual recuperación del elemento lúdico en el cristianismo es pertinente y debe dársele la bienvenida. En mi opinión, no sólo son realidades análogas, sino que su parentesco da al hombre contemporáneo un seguro camino de acceso a su tradición religiosa como a su futuro. En su libro **Man at Play**, el filósofo católico Hugo Rahner describe el juego en términos que podrían ser

usados casi al pie de la letra para describir la oración: 'Jugar es entregarse a una especie de magia, representar ante nosotros el papel del absolutamente otro, comprar anticipadamente el futuro, desmentir al inoportuno mundo de los hechos. En el juego, las realidades terrenas se vuelven de pronto efímeras; en un primer momento las dejamos atrás, después nos deshacemos de ellas y las enterramos en el pasado; la mente se dispone a aceptar lo inimaginable e increíble, al entrar en un mundo en el que se aplican leyes diferentes, para aliviarnos de todos los fardos abrumadores, para ser libres, como reyes, sin cadenas, divinos'.

5. EL DEPORTE: EL SENTIDO DE UNA ACTIVIDAD QUE PERTENECE AL CAMPO HUMANO DE LO LUDICO.

Hay en el momento actual una actividad que se ha convertido en parte constitutiva del empeño de la formación humana: el deporte. Como tal, no es solamente fenómeno característico de nuestra época, sino que se puede constatar siempre y en especial en momentos privilegiados de la historia de la cultura humana. No pertenece esta actividad al campo de lo que podríamos señalar como "trabajo"; pertenece más bien al campo de las actividades humanas que merecen el nombre de "juego".

No se oculta al observador del fenómeno humano que, en especial en nuestros días, ésta y otras actividades humanas, puede correr el riesgo de convertirse en vehículo de intenciones negativas deshumanizantes: comercialización, profesionalización, instrumento de manipulación y de distracción de las masas humanas. Frente a estos riesgos, merece el deporte una reflexión que haga aflorar sus virtualidades positivas y humanizadoras y no sólo en función del sentido inmediato de la existencia humana, sino aún en función del sentido último del hombre. Es posible no sólo una filosofía, sino también una teología del deporte.

5.1. El deporte como actividad del hombre integral.

A primera vista podríamos tener la impresión de que el deporte es una actividad estrictamente corporal. No puede decirse propiamente que ella carecería de sentido si lo fuera, porque nada hay de negativo en la corporeidad humana y sería imperdonable, en nuestros días, establecer una contraposición dualista entre el cuerpo y el espíritu del hombre, como lo hacían los maniqueos, para ubicar la bondad en el espíritu y la maldad en el cuerpo.

Pero, como todas las otras actividades humanas, ésta tampoco es puramente corporal. Todo el hombre se pone en movimiento en el deporte. Y en él, además, se ponen con frecuencia en marcha, al máximo, los movimientos humanos. Según la clase de deportes que se practique, se impulsan las máximas posibilidades humanas. No son sólo los músculos

los que se desarrollan: es todo el hombre el que se pone en acción al máximo. Las exigencias corporales que caracterizan al deporte, van acompañadas de otras tantas exigencias profundas de superación. La satisfacción gozosa que experimenta el hombre, al alcanzar metas de superación que se propone al practicar el deporte, es signo de la integridad de la acción que es el deporte.

5.2. El sentido del deporte en cuanto actividad que pertenece al campo del juego de la vida.

El juego y el “ocio creador” son actividades llenas de sentido en la vida del hombre. El hombre no puede perder el sentido del “ocio creador” y del juego en su vida, porque sin ellos su existencia corre el peligro de postrarse, de manera sombría, en un estado de melancolía y de seriedad innecesarias, o en un activismo esclavizante. La vida del hombre no es verdaderamente seria por el hecho de agotarse en la realización de un trabajo desgastador, entendido en un sentido materialista y funcional, en el que sólo cuenta la eficacia productiva y en el que no hay espacio para una “pérdida fecunda del tiempo”. La obsesión del hombre contemporáneo por asumir siempre tareas de carácter productivo, la incapacidad para el descanso y para la pérdida fecunda del tiempo, han llegado a adquirir características de neurosis. El deporte es uno de los medios que permite al hombre volver a descubrirse como “homo ludens”, capaz de gozar de su propia vida y de valorar también todas las otras actividades, aún las que, como el trabajo, no presentan aparentemente características de juego.

5.3. El deporte en su relación con los valores supremos de la existencia humana.

El hombre corre continuamente el peligro de convertirse en esclavo de su propia vida, aún en la realización de actividades que deberfan permitirle una auténtica liberación. Una actividad liberadora, como lo es la del trabajo, puede convertirse para él en un medio de esclavización o de alienación. Con frecuencia se habla de la esclavitud del trabajo. El descubrimiento del sentido de toda actitud humana es descubrimiento de medios de liberación. Pero este sentido está constantemente ligado con el descubrimiento y la realización de valores auténticos. Y si estos valores pueden ser cultivados en todo tipo de actividad humana, también lo pueden ser en una actividad humana integral como lo es la del deporte.

Al practicar el deporte, es posible cultivar valores humanos auténticos y al mismo tiempo el deporte es medio de gran importancia para fomentarlos. Basta por ejemplo señalar el valor de la superación que

exige al deportista empeñar hasta el máximo sus posibilidades; la maleabilidad que adquiere todo su ser por la ascesis o la disciplina que el deportista debe imponerse alegremente; el sentido auténtico de competencia que no sólo logra la propia superación, sino que motiva la superación de los demás, dentro de una comprensión y aceptación fraternales; la liberación de todos los aspectos negativos con los cuales puede estar ligada la realidad de la lucha. El cultivo de todos estos valores hace posible gozar la vida como un juego lleno de sentido.

Un hombre así realizado integralmente es un ser abierto y disponible para la búsqueda de metas últimas. No sin razón se ha hablado del ideal de una "mens sana in corpore sano", como referencia al deporte. Y no sin razón se ha comparado también la historia del hombre cristiano con una lucha alegre en búsqueda de una meta. El cristiano afirma el valor del deporte y la teología comprende su significación. Porque el cristianismo afirma el valor de la creación de Dios, que no es otra cosa que un proceso continuo de superación y de realización integral, del que él no es un puro beneficiario, sino un agente activo.

Es muy importante que, al fomentar el deporte, se lo fomente en toda su nobleza, como gran posibilidad que se le ofrece al hombre para realizarse como hombre. Es la única manera de evitar que él se convierta en un simple medio de satisfacción superficial de las personas, o en un nuevo medio de comercialización materialista que fomenta valores inauténticos, o en un medio de alienación de las conciencias. Los eventos deportivos pueden ser una excelente ocasión para señalar siempre de nuevo el sentido implicado en esta actividad humana.